

CUADERNOS CCV

33

**ANTROPOLOGÍA
DE LA ALEGRÍA
EN JOAQUINA
DE VEDRUNA**

Xosé Manuel Domínguez Prieto

CUADERNOS CCV

**ANTROPOLOGÍA
DE LA ALEGRÍA EN
JOAQUINA DE VEDRUNA**

Xosé Manuel Domínguez Prieto

**ANTROPOLOGÍA
DE LA
ALEGRÍA
EN JOAQUINA
DE VEDRUNA**

CARISMA VEDRUNA * CARISMA VEDRUNA * CARISMA

© 1999. Edita: Carmelitas de la Caridad Vedruna
Carlo Zucchi, 12 00165 Roma

Depósito legal: M. 27510.99
Imprime: Gráficas Don Bosco
Arganda del Rey 28500 Madrid

ÍNDICE

ANTROPOLOGIA DE LA ALEGRIA EN JOAQUINA DE VEDRUNA

Introducción

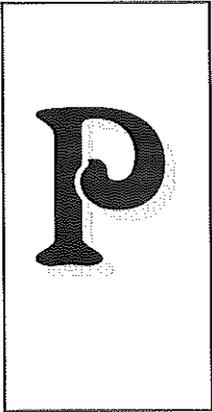
PARTE I. CUADROS PARA UNA EXPOSICIÓN DE LA VIDA DE SANTA JOAQUINA

1. Su época y ambiente
2. Matrimonio con Teodoro de Mas
3. Una familia con problemas
4. Un proyecto arriesgado
5. Preocupaciones de una madre
6. Cárcel y de nuevo el exilio

PARTE II. LA ALEGRIA ES LA PRINCIPAL VIRTUD

1. Alegría, felicidad y contento
2. La alegría es la principal virtud
3. El proyecto de vida. La vocación. El “desde dónde”.
4. Conclusión

ANTROPOLOGÍA
DE LA
ALEGRÍA
EN JOAQUINA
DE VEDRUNA



PRESENTACIÓN

P PRESENTACIÓN

La lectura de la conferencia que Don Xosé Manuel Domínguez Prieto pronunció en el acto académico organizado el 22 de mayo por el Colegio Mayor Vedruna de Madrid, con motivo de la fiesta de clausura de curso, nos causó una agradable sorpresa por lo sugerente de su contenido y la agilidad de su forma y pensamos que merecía una publicación en el ámbito de la familia Vedruna.

El tema de la alegría, siempre atractivo y, en nuestra sociedad, cada vez más urgente, puede parecer a primera vista un tema fácil y agradable para ser propuesto a jóvenes universitarias en un día de fiesta, pero el enfoque humano y cristiano desde el que se nos plantea, lo convierte en un tema valiente y profético.

El estudio está dirigido a personas no conocedoras de la biografía de Joaquina de Vedruna, por eso toda la primera parte es un recorrido histórico de su vida en el que se subrayan aquellas dificultades que pudieran impedir la alegría.

La segunda, basándose en la historia y utilizando con gran agilidad los escritos epistolares de la santa, subraya la profundidad de su alegría hasta dar con su fundamento teológico. Desde ahí el autor se atreve a proponernos a todos, como un reto, el mensaje de Joaquina: “Atreveos a ser alegres...”

Xosé Manuel Domínguez es doctor en filosofía y profesor de dicha asignatura en Ourense, es también padre de familia y un cristiano comprometido en la pastoral familiar. Son tres aspectos de su personalidad que confluyen y dan coherencia a este estudio.

En nombre del consejo general quiero agradecer a D. Xosé Manuel el habernos autorizado publicar su conferencia. Esperamos que su lectura pueda servir de inspiración y aliento a tantas personas, laicas o religiosas, para quienes la dureza de la vida se convierte en tentación hacia una desesperanza o amargura creciente. Que a todos nos ayude a creer que la profunda alegría hoy es posible.

Josune Arregui ccv

INTRODUCCIÓN

* Quisiera, ante todo, mostrar mi agradecimiento a Carmen Morant por su amable invitación a estar presente en la Clausura de este año académico en el Colegio Mayor Vedruna y a pronunciar esta conferencia sobre Santa Joaquina precisamente el día de su fiesta litúrgica. Es éste un motivo de alegría; por estar aquí presente, en este centro Vedruna y por este encuentro, que va a ser un Encuentro con Joaquina Vedruna.

* Y estando aquí, en este Colegio Mayor, se constata que el legado de Joaquina Vedruna es inmenso. En primer lugar, su obra. Este Colegio Mayor, al igual que otros muchos colegios, todas las comunidades Vedrunas por todo el mundo, dedicadas a la enseñanza, a la sanidad, al apostolado, a la asistencia en barrios pobres, son testimonio clamoroso de este vívido legado.

Pero también nos dejó un carisma, es decir, una forma concreta de vivir el Evangelio y una forma concreta de ser persona. Lo dejó en sus comunidades y en sus escritos, sobre todo cartas, que muestran y perfilan aspectos esenciales de su carisma. Hoy quiero profundizar en uno: en su concepción de la alegría y, más concretamente, en su concepción de la alegría como constitutivo esencial de la persona. Por eso, vamos ahora a hablar de la antropología de la alegría en Joaquina de Vedruna.

Y, para comenzar, vamos a fijarnos en una de las más llamativas frases de Joaquina de Mas y Vedruna: la alegría es la principal virtud. Porque es una frase revolucionaria, una concepción de la alegría que va más allá del sentimentalismo. Se trata, en el fondo, de toda una concepción antropológica.

Pero, ¡atención!: si queremos interpretar adecuadamente su pensamiento, necesitamos hacerlo en el contexto de su vida. Porque la palabra cobra su fuerza y su verdad o muestra su inanidad y mentira desde la vida. Por eso, vamos antes de articular, de modo somero, las aportaciones de Joaquina Vedruna sobre la alegría, a repasar algunos de los momentos de la vida de Santa Joaquina.

Cuando Joaquina de Vedruna repite a sus hijos “Vivid alegres” (Carta 1); “Rosita, veo por tus cartas que estáis alegres; procura ponerte buena y reírte mucho con las niñas” (Carta 11); “Querida hija mía, yo estoy muy contenta porque todos estáis alegres” (Carta 12); “Di a Rosita que se ponga muy buena y que esté alegre. Dios cuidará de todo” (Carta 34), ¿es porque fue la suya una vida regalada? ¿es porque todo le salió bien en la vida? ¿es porque fue una mujer de éxito? Porque todos sabemos que cuando las cosas nos salen bien, cuando triunfamos, solemos decir que estamos alegres. Y esta euforia parece, por tanto, que depende de una circunstancia que sea favorable.

Por tanto, es necesario dividir esta conferencia en dos partes: en primer lugar, asistiremos a varios cuadros de la vida de Joaquina de Vedruna para situar en ellos sus aportaciones sobre la alegría. En segundo lugar, articularemos y explicaremos sus aportaciones, no por agotar la cuestión, que sería merecedora de una tesis o de un estudio muy amplio, sino por esbozar lo que sin duda es uno de los aspectos nucleares de su carisma y de sus enseñanzas.

**ANTROPOLOGÍA
DE LA
ALEGRÍA
EN JOAQUINA
DE VEDRUNA**

1

CUADROS PARA UNA
EXPOSICIÓN DE LA VIDA
DE SANTA JOAQUINA

I. CUADROS PARA UNA EXPOSICIÓN DE LA VIDA DE SANTA JOAQUINA

1. Su época y ambiente

Joaquina de Vedruna nació el 16 de abril de 1783 en Barcelona, en el seno de una familia perteneciente a la burguesía catalana. Para entender mejor su entorno social y cultural, hay que tener en cuenta que, con la llegada de los Borbones (Felipe V, en 1700), se establece en España un régimen político centralista y absolutista que, influido por las doctrinas mercantilistas, pretendía favorecer pero también controlar la progresiva aparición de la industria. El siglo XVIII supone el alborar de la industria aunque la mayor parte del país proseguía ocupado en la agricultura.

En este contexto político y económico, Cataluña constituyó una auténtica excepción¹. En primer lugar, la iniciativa privada permitió un enorme florecimiento del sector textil que el mismo Carlos III (1759-1788) terminó por proteger. Se adquirió maquinaria inglesa y aparecieron más de tres mil fábricas. Junto a este poderoso motor económico, resurgió con fuerza la producción de licores y aguardientes, los astilleros, etc.

Socialmente, esto trajo consigo dos consecuencias que supusieron una enorme novedad: la aparición de los obreros asalariados (en muy precarias condiciones económicas y sociales) y el advenimiento de una nueva clase social, desconocida hasta entonces: la burguesía comercial (casi exclusiva de Barcelona).

Esta burguesía constituyó el entorno inmediato en el que vio la luz Joaquina de Vedruna.

- a) Esta posición social supuso que la formación y educación que recibió en familia resultó muy superior a la que acostumbraban a dar a las niñas de entonces. No asistió al único colegio para niñas pudientes que regentaban las religiosas francesas de la Compañía de María, ni fue enviada a Francia, como por moda solían hacer los de su posición social en aquella época. Sus padres tomaron la opción de que quedase en casa, recibiendo la educación de la madre y de una institutriz. De todas formas, debió de ser alto el nivel de formación de Joaquina si tenemos en cuenta su desenvoltura, conocimientos, fina sensibilidad cultural y su suficiente dominio del catalán y del castellano como lenguas vehiculares.
- b) Dado su alto nivel cultural, no resultará sorprendente que, años más tarde, pudiese conversar con su esposo, que era procurador, acerca de las más diversas cuestiones sociales o profesionales. Nada más lejos, por tanto, del modelo de mujer ajena ante todo lo externo al hogar. Mucho se adelantó en esto a su tiempo.
- c) Sin embargo, Joaquina siempre se sintió muy libre respecto de etiquetas, modos y respetos humanos que imponía su nivel social. Más de una vez, siendo jovencita, escandalizó por su extremada sencillez en el vestir o por “mezclarse” con gente de menos categoría social y económica, o por su dedicación a los enfermos y desahuciados, tareas juzgadas socialmente como “impropias de su condición”. Pero la vitalidad interior y evangélica de Joaquina permitió que, nacida

en el seno de la burguesía, nunca se aburguesase. Siempre alejó de sí todo acomodamiento a formalismos y toda aspiración al bienestar como meta vital.

d) Sus padres, Lorenzo de Vedruna y Mur (Procurador en el Colegio de la Real Audiencia de Barcelona) y Teresa Vidal Comas, ya tenían otros cuatro hijos al nacer Joaquina: ²Son, por tanto, ocho hermanos, lo cual, posiblemente, influiría en la enorme capacidad para las relaciones personales y la vida comunitaria de que hizo gala Joaquina, así como en su carácter ocurrente, dinámico, alegre, bienhumorado, atento a los detalles y tan enérgico.

2. Matrimonio con Teodoro de Mas

La casa de la familia Vedruna Vidal era una casa abierta. Eran acogidos allí todo tipo de amigos, familiares e incluso compañeros de trabajo de Lorenzo Vedruna, como eran los jóvenes ³Teodoro de Mas, también procurador, y el notario Jaime Just. Y debían ser estos dos muy afectos y queridos de la familia porque ya en la boda de Josefa de Vedruna en 1798 firmaron como testigos. Por esto, parece natural que su familiaridad y presencia en la casa diese pie a despertar afectos en las hijas mayores de Lorenzo. Parecía que Teresa, de 23 años, y Francisca, que frisaba los 20, eran las potenciales “candidatas” a los amores de Teodoro y Jaime. Y, en efecto, Jaime se casaría tres años más tarde con Francisca. Pero Teodoro, ante la sorpresa de todos, solicitó a su colega y amigo Lorenzo Vedruna la mano de su hija Joaquina, que sólo tenía quince años.

Joaquina se casó con él el 24 de marzo de 1799. Tenía entonces dieciséis años y daba este paso de modo muy consciente y maduro.

Sin embargo el comienzo de su matrimonio estuvo marcado por un importante problema:

Teodoro de Mas era natural de Vic. Y como heredero de un gran patrimonio procedente de la familia de su madre, Mónica Solá y Sauleda, se esperaba de él que se casase con alguna hija de familia rica local para, así, mejor defender su patrimonio, fuente inacabable de pleitos con su tío Félix. Por eso, cuando supieron de la decisión de Teodoro de contraer matrimonio con Joaquina, tanto su madre como su padre, José de Mas, procurador en Vic y de familia noble, se opusieron a la boda. De hecho, no asistieron a la ceremonia. Quizás los prejuicios asociados a su nivel económico y las preocupaciones por mantener su hacienda, propiciaron el que juzgasen erradamente que la barcelonesa buscaba la herencia y posición de Teodoro. Por eso, cuando, recién casados, fueron desde Barcelona a visitar a los padres de Teodoro a su residencia en el Manso Escorial de Vic, los padres la tratan con frío desdén e hiriente rechazo. Ofensivos y despechados, convencidos de que no era la mejor de las nueras posibles, se negaron a darle a su hijo la bendición por su boda. En este sentido, resultaron muy duros los comienzos de la vida matrimonial.

Al año y medio de casados, nace su primera hija: Ana. La adusta felicitación de los padres de Teodoro permite conjeturar un cambio en su actitud, sin duda propiciada por el cariño que incansablemente les dedicaba Joaquina, a pesar de todo. En 1801 nacerá José Joaquín; en 1803, Francisco.

Finalmente, transformados por las atenciones sostenidas de Joaquina y Teodoro, los padres de éste no sólo se reconcilian con ellos sino que en 1804 los hacen herederos. En este momento, además, Teodoro gana en prestigio y clientela de modo que, por fin, todo parece ponerse de su lado. En 1805 nace Inés, y, al año siguiente, Joaquina. Ya tienen cinco hijos.

3. Una familia con problemas

Los primeros años de matrimonio de Joaquina coincidieron en España con un tiempo de crisis política por el descontento creado por el gobierno de Carlos IV y de su favorito, Godoy. En aquella época se materializaban los planes de expansión imperialistas de Napoleón. Habiendo éste firmado con Godoy el Tratado de Fontainebleau en 1807, por el que permitía España el paso de tropas francesas para invadir Portugal (y, posteriormente, repartírsela entre ambos países), lo que realmente sucedió es que Francia invadió España.

Barcelona es invadida en 1808. España entera entra en guerra.

Teodoro marcha a Lérida como secretario del barón de Sabasona, miembro de la Junta Suprema para la guerra que se organiza en Cataluña. Mientras tanto, Joaquina con los cinco niños tiene que huir a Vic, al Manso Escorial. Todo el futuro prometedor, la estabilidad y bienestar que se presumían se han hecho añicos. Y en esta situación, cada vez más preocupante e incierta, nace Carlota, la sexta de sus hijos.

Teodoro es nombrado a fin de año capitán de la Novena Compañía y, a comienzos del año siguiente, entra en batalla como ayudante de campo del coronel Milans del Bosch. Mientras, Joaquina atiende a los seis niños, sufre la dura separación de Teodoro y, de manera inesperada, la muerte de su hijo Francisco.

Pero las dificultades van en aumento: los franceses se acercan peligrosamente a Vic. Permanecer allí, por ser la esposa del capitán de Mas, puede poner en peligro su vida y la de sus hijos. El 17 de abril de 1809, Joaquina y sus hijos mayores cargan unos pocos enseres y algo de comer en dos mulas y, como la mayor parte de la población de Vic, huyen. Y lo hacen rápido, en dirección a Montseny. Sin detenerse, llegan al atardecer a Pla de la Calma deshechos de cansancio. Sin embargo, cuando

ya se disponían a pasar la noche y descansar, una mujer les advierte que los franceses llegarán allí esa misma noche. Sacando fuerzas de flaqueza, deben continuar su éxodo. Por fin, a media noche, son acogidos en una masía de Clot de la Mora por la familia Cortada. Cuando imagino la escena no puedo dejar de imaginarme que lo que vivió Santa Joaquina fue semejante a lo que estamos viendo estos días en televisión: el continuo, doloroso y desgarrador éxodo de kosovares hacia Albania y Montenegro.

Mientras tanto, le llegan noticias de que Teodoro estuvo resistiendo a los franceses en el castillo de Sabasona pero, muy enfermo, marchó a Ripoll. Joaquina, junto a los cinco niños, permanecerá allí hasta el comienzo del verano. Cuando supieron a ciencia cierta que Vic estaba libre de franceses, vuelven a su casa del Manso Escorial. Allí morirá, en septiembre, su hija Carlota.

Tras todo este periodo de continuo dolor, parece que la situación vuelve a su cauce: Teodoro, que ha sido ascendido, puede desplazarse de vez en cuando a Vic a ver a su familia. Nacen Teodora (en 1810) y Teresa (en 1813).

Sin embargo, comienza en este momento otro de los problemas que van a acompañar a Joaquina gran parte de su vida: dos hermanos de Teodoro, María y Miguel y, sobre todo, su cuñado José Pereira, comienzan a pleitear con él exigiéndole parte de la herencia de su madre, reclamaciones a las que en ese momento no puede atender dada la precariedad económica en la que están y que las tierras, por su abandono forzoso los últimos meses, no han producido nada.

Los Mas y los Sauleda estuvieron tratando de conseguir continuamente, a través de tribunales, cada vez más dinero de

Teodoro y Joaquina, sin considerar su situación. Más adelante, Inés Munot, viuda del tío Félix de Teodoro, a quien llama Joaquina “la Sauleda”, le seguirá reclamando los alquileres de las siete casas que abarcaban los muros del Manso Escorial. Inés Munot y sus hijos estuvieron siempre reclamando inmisericordemente, sin atender a razones ni a la real precariedad de los Vedruna, las pensiones acordadas en el pasado. Incluso, los Sauleda en 1824 pretendieron el embargo de todos sus bienes.

La penuria económica en la que quedará casi toda la vida se la debió, en parte, a las continuas exigencias y pleitos. Tal era la situación, que terminó comiendo frecuentemente en casa de su cuñada Teresa de Minguella e incluso pidiendo limosna o comida en la casa-misericordia de Vic.

Junto con esta situación que ahora despuntaba, lo que también determinó la situación de estrechez económica de la familia Mas de Vedruna fue la misma guerra contra los franceses, pues produjo un gran desmantelamiento de la industria y abandono de la agricultura por la cantidad de gente desplazada. Esta familia, de ser una familia acomodada, pasó a tener grandes penurias económicas y muy malas perspectivas de futuro.

Por todo esto, resulta sobrecogedor cómo, en medio de estos dolores y enormes dificultades, Joaquina mantuvo su alegría e incluso fuese animadora de la alegría de los demás. ¿Cómo es posible? ¿Cómo se pueden conjugar sufrimiento y alegría? ¿cómo se puede animar a los demás a la alegría estando tan triturada por la vida? Es importante comenzar a tomar conciencia de la experiencia biográfica desde la que Joaquina de Vedruna vive alegre y quiere alegrar a los demás.

Acabada la guerra, y ya con Fernando VII en el trono, regresan a Barcelona para tratar de rehacer su vida. Teodoro vuelve muy mermado físicamente, aunque con la firme intención de retomar su truncada carrera como procurador. El nacimiento de otra hija, M^a del Carmen (Marieta), la novena, llena de alegría a toda la familia, otra vez reunida, aunque con el estigma de los años de exilio y de la falta de Francisco y Carlota. Sin embargo, al mes siguiente, muere su hija Joaquina, con ocho años.

Llevan, a la sazón, dieciséis años de matrimonio. El cariño mutuo es intenso, y nítida la conciencia de que están realizando un proyecto de vida en común. Intentan volver a la normalidad. El dolor no ha paralizado sus vidas sino que lo han integrado en ellas. Por eso, no es de extrañar que, cumpliendo con la arraigada costumbre local, Joaquina marche a Vic, con sus hijas Ana y M^a del Carmen, a la matanza del cerdo. Queda Teodoro con los demás. Entre su debilidad mórbida y que quizás no estaba muy acostumbrado a la dura tarea de cuidar continuamente de varios niños, se ve un poco desbordado por la situación. El 26 de enero de 1816 escribe a Joaquina la siguiente carta, que da cuenta de este momento y, sobre todo, del intenso cariño que tenía a su esposa:

“Amada Joaquina: Esta mañana he recibido tu carta, la cual, aunque corta es muy satisfactoria; pues veo que tú y las niñas estáis bien. Veo la gran matanza que has hecho; y que vas estar divertida por muchos días, a lo menos si estás sola. Pero sola o con compañía, deseo regreses cuanto antes posible te sea; porque los chicos me traen desatinado. El uno quiere ir a comedia; el otro a los pastorcillos; y yo soy el que los represento.

Ninguna cuenta he cobrado, y créeme, estoy harto de la carrera, pues no ignoras cuánto me repugna pedir lo que acredito (...).

Todos los parientes y nosotros te saludamos con cordial afecto, y te repito, cachaza y procura vivir muchos años, a fin de poder disfrutar el uno de la compañía del otro.

Recuerdos de todos los que tienes en casa. Y tú dispón de tu esposo que te ama despierto, durmiendo, soñando y descansando. Tuyo,

Teodoro de Mas” .

Enfermo de tuberculosis, muere Teodoro el 6 de marzo de 1816.

¿Cómo es posible la alegría en una vida así, que parece ya trunca e hipotecada para siempre? ¿Cómo se explica que Joaquina de Vedruna no se replegase, no se volcase sólo en sí y en los suyos?

4. Un proyecto arriesgado

Seis hijos, gravísima precariedad económica, arreciando los pleitos y exigencias crematísticas de sus cuñados y, ahora, viuda con treinta y tres años. Tampoco el dolor le paralizó en esta ocasión: tenía mucho por lo que luchar y un sentido desde el que orientar su vida. Junto a la paradójica alegría, otra de las características que definen el carácter de Joaquina, y que se manifiesta tanto en los momentos duros como en los agradables, es su serenidad: “Serenidad y confianza, pues si sois agradecidos, Dios os ayudará” (Carta 49). No se trata, evidentemente, de la serenidad estoica, del hacerse fuerte frente a la adversidad por puro voluntarismo, sino la serenidad de quien se sabe acompañado permanentemente por Otro.

Con esta serenidad, con gran fortaleza de ánimo y espíritu práctico, decide trasladarse con todos los niños a Vic, al Manso

Escorial. Allí podrá velar mejor por el patrimonio que le deja su marido, atendiéndolo personalmente. Será ella la que se encargue tanto de labores de la casa como de la administración, alquiler, pagos y cobros de las fincas, predios y frutos de los campos.

Quería Joaquina discernir cómo encauzar su nueva situación personal del modo más creativo, más acorde con su experiencia cristiana y con sus inquietudes humanas y religiosas. Y, de momento, lo que ven claro y comparten es una extraordinaria sensibilidad para el sufrimiento de los más desfavorecidos y la necesidad, para no quedarse en un mero sentimentalismo estéril, de acciones concretas de ayuda y asistencia social.

La posguerra y las crecientes desigualdades sociales vinculadas al florecimiento industrial están dejando un creciente reguero de desfavorecidos, de pobres, de excluidos sociales. De esta manera, sus visitas al hospital se hacen regulares y asiduas. Vela por las noches a los enfermos y por las mañanas asiste y enseña a prostitutas. Sigue provocando asombro y murmuración en su mundo cultural burgués.

Pero, finalmente, su inquietud va cuajando en la fundación de su Instituto dedicado a la educación de las niñas y a la sanidad. En agosto de 1825, recibe el hábito de penitente de S. Francisco, como signo de su deseo de entrega. De nuevo, éste resultó ser otro motivo más de críticas y burlas por parte de conocidos y vecinos, así como de vergüenza ajena por parte de algunos familiares, que consideraban indigno de su posición llevar semejante hábito. Llegaron al extremo de pedir al obispo que prohibiese a Joaquina vestir de aquella forma que juzgaban impropia e, incluso, estrafularia.

Antropología de la alegría en Joaquina de Vedruna

En diciembre, contando con el beneplácito del obispo, pide que se le permita vivir con varias jóvenes para comenzar la fundación. En enero de 1826 tiene lugar la profesión religiosa de Joaquina. Toma el nombre de Joaquina del padre S. Francisco (figura religiosa a la que está muy próxima en sus formas y orientación espiritual). En febrero reúne a nueve jóvenes, con las que ya había trabado amistad tiempo atrás y que habían mostrado espontáneamente su deseo de unirse al proyecto de Joaquina. Las acoge en el Manso Escorial. De estas nueve, perseverarán en el Instituto Veneranda Font, Francisca Anglada, Rosa Meilín y Ana Pla. El día 26 de febrero de 1826 tiene lugar la fundación del Instituto con el nombre de "Hermanas terceras de María santísima del Carmen". No le bastaba una mera asociación de voluntarias, sino una auténtica comunidad en la que cada una de ellas fuese alguien valioso y querido por sí para cada una de las demás.

Porque Joaquina nunca se detuvo a lamentar qué mal tratada era la mujer y qué mal estaban la educación y la sanidad: se puso a fundar colegios y comunidades educativas competentes y a formar y animar comunidades de enfermeras que asistiesen en condiciones de dignidad a los enfermos y deshauciados en los maltrechos hospitales del Estado. De esta manera, su feminismo y su preocupación por el enfermo y el pobre le llevaban más allá de la promoción de un voluntariado, hoy tan de moda, que da el pez pero no la caña y que, al cabo, no transforma el desorden establecido. La opción de Joaquina fue la de una transformación radical. Más allá de dedicar un rato del día o de la semana a "hacer caridad" (que tanto entonces como ahora constituía para algunos miembros de las clases burguesas una moda más que una actitud ética o humanitaria), la opción de Joaquina, que a tantos escandalizó, fue la de entregarse ella

y las que quisieron seguirle a una total entrega a la educación y al cuidado de enfermos.

El proyecto era arriesgado y podría ser mal entendido:

- a) primero, porque socialmente no existía entonces esa sensibilidad para los más desfavorecidos;
- b) segundo, porque en su entorno social, burgués y de “buena familia” no se toleraría que alguien de su rango otorgase favor a gente de tan “baja ralea”, relacionándose familiarmente con ellos;
- c) tercero, porque también eran malos tiempos para mantener una identidad y una fe católica: muchos liberales eran hostilmente anticlericales. Tanto era así que llegaron a asesinar a Monseñor Struch, obispo de Vic, en 1823. La sede episcopal estuvo vacante hasta 1825, año en que fue nombrado Pablo de Jesús Corcuera. Por otra parte, un proyecto así no podía ponerlo en marcha inmediatamente: aún tenía hijos pequeños en casa y los pleitos por su patrimonio todavía le ocupan muchos esfuerzos. Cuando todo esto se fue solucionando o, al menos, orientando, y cuando los niños comenzaron a ser mayores se puso manos a la obra.

Tampoco el comienzo fue exitoso

Estaban a la expectativa, con gran ilusión y esperanzas, de entrar a colaborar en el hospital de Igualada. Pero a pesar de su pretensión de gratuidad, o quizás justo por ello, además de los prejuicios antirreligiosos, este proyecto se reveló imposible de momento. Tanto es así que el mismo José Estrada, amigo de Joaquina y administrador del hospital, pagó su decidido apoyo al proyecto con la cárcel. En todo caso, “la moral” de Joaquina está muy alta. Y así se lo dice a José

Estrada: “Por nuestra parte, tengamos ánimo, iniciativa y diligencia, y el buen Jesús lo bendecirá todo (...) No perdamos el tiempo y aprovechémonos de todo el que nos queda de vida” (Carta 82)

Habiéndose mostrado inviable el proyecto del establecimiento de la comunidad en el hospital de Igualada, intensifica Joaquina sus gestiones para acceder al de Vic. Logró que el arcipreste de Igualada, como persona influyente en la villa, expusiera en el ayuntamiento los grandes beneficios que podría reportar el establecimiento de las “Hermanas de la Caridad” en aquel hospital. De hecho, se iniciaron trámites oficiales para su instalación, pero no quedaron claras las condiciones en que iban a entrar las hermanas y todo queda paralizado. No cejando en su empeño, logra un éxito por otra vía: en octubre de ese año de 1827, por mediación de José Estrada, y a petición de la propia corporación local, logra establecer Joaquina su primera fundación hospitalaria en Tárrega (Lérida) con gran alegría por parte de los religiosos y políticos locales, del administrador hospitalario y de un gran gentío, que salieron a recibirles cuando llegaron a la villa.

Ante las dificultades no se repliega: actúa constructivamente. ¿Cómo es posible? Por lo mismo que será posible ser alegre en medio de las dificultades.

5. Preocupaciones de una madre

El panorama político sigue revuelto en España. Durante el reinado de Fernando VII, crece la pugna entre los partidarios del absolutismo borbónico y los partidarios, cada vez mayor en número, de la implantación de las ideas liberales. El gobierno absolutista, que ignoró por completo lo ganado por las Cortes de Cádiz (1812), provocó múltiples levantamientos y revoluciones de los liberales.

José Joaquín Mas de Vedruna, que unos meses atrás había ingresado en la Trapa, sale de la misma para enrolarse en las tropas absolutistas. De la Trapa a la tropa. Aunque bastante indolente y a veces irresponsable en la vida cotidiana, su pasión política era la que conseguía movilizar su voluntad. No pocos disgustos le traerá a él y a su familia.

En aquel tiempo sufre Joaquina la expropiación (desamortización le llamaron entonces) del Manso Escorial y de todo el patrimonio familiar en 1821. Y el hecho de ser la madre de José Joaquín, oficial realista, le valió además la imposición por parte de los liberales de exilarse a Francia. De nuevo, Joaquina, con los cinco hijos, tiene que marcharse lejos y con lo puesto. No permanece ociosa Joaquina en Francia sino que aprovecha también allí para ir al hospital local a cuidar enfermos. Pronto un conjunto de mujeres se le unen.

Hasta mayo de 1823 no puede regresar Joaquina a España. Finalmente, en noviembre de ese mismo año de 1823, recuperan el Manso Escorial y, de nuevo, se trasladan a él. Pero otra vez, los hijos de Inés Munot escriben exigiendo, de mala manera, las rentas convenidas con su padre, Felix Solá. Esto le preocupa: “Puedes figurarte como estaré” (Carta 2), le dice a su hijo mayor. Además, algunos acreedores suyos no acaban de pagarle. Llega a confesar, a finales de febrero de 1824, que se ha quedado sin nada de dinero. Tras la vuelta de Francia, la casa se encuentra en muy mal estado y las tierras, que han estado un año en barbecho forzoso, no producen nada. Los Sauleda amenazan con el embargo.

José Joaquín había dejado, por el momento, el ejército y se había establecido en Igualada como interventor de rentas. Pero continuamente tiene que estar su madre velando porque José Joaquín sea diligente en su trabajo y en sus gestiones, frenando de vez en cuando sus impulsos idealistas de volver a la

acción política, que en el fondo sería una forma de huir de sus responsabilidades. Pero pronto José Joaquín, desoyendo los consejos de su madre y desatendiendo a su familia, de nuevo se embarcó en estas lides político-militares de parte de los carlistas³. El resultado final es que terminó preso en el castillo de Hostalric (Gerona).

De este modo, el establecimiento de la primera comunidad hospitalaria en Tárrega coincide con esta detención que tanto va a hacer sufrir a Joaquina. Mientras consuela a los enfermos y moribundos de Tárrega, anima a esta nueva comunidad y vuelve a Vic para insuflar ánimos en las hermanas de allí que andaban un tanto desnortadas, ella lleva el dolor del nuevo y lucioso avatar de su hijo. En la primera carta que escribe al preso le confiesa: “conozco que el Señor no quiere darme los gustos sin entremezclarlos con un poco de amargura. Tengamos paciencia, que el Padre de misericordia todo lo hace bien; confiemos en su bondad” (Carta 41)⁴.

De todos se ocupará Joaquina, pero, junto con la atención a la primera fundación, se hacen especialmente intensas en estos meses las diligencias para que su hijo salga de la cárcel. Mientras tanto, se siente responsable de velar y atender materialmente a la familia de José Joaquín, enviándoles dinero y comida.

En marzo de 1828 seguía todavía José Joaquín encarcelado. Su madre incrementa febrilmente sus entrevistas y viajes: se acerca a Hostalric para conferenciar con generales y otras personalidades. Luego regresa a Vic y de allí a Barcelona. Los reyes viajan a Cataluña y el último día, el General Monet (al que escribiera repetidamente Joaquina) y el gobernador de Hostalric (con el que también se entrevistó), piden a Fernando VII la libertad de los prisioneros. De este modo, el 1 de abril marcha Joaquina a Hostalric para recoger a su hijo.

6. Cárcel y nuevo exilio

Tras la disolución de las Cortes, los liberales fueron estableciendo Juntas locales en las diversas ciudades donde se volvía a proclamar como válida la Constitución de 1812. La insurrección liberal va extendiéndose por España y llega también a Barcelona y otras partes de Cataluña. Pero la corona, urgida por la situación militar propició el entendimiento entre monárquicos moderados y progresistas liberales. Se movilizó un gran número de jóvenes, reclutándolos para aumentar el ejército, y se incrementaron las expropiaciones para conseguir fondos con que pagar este ejército. También Don Carlos de Borbón, hermano de Fernando VII, aumentó y organizó sus tropas, consiguiendo de Francia armas y dinero. Sus éxitos militares le llevaron a las puertas de Madrid. Pero, más tarde, en 1839, disensiones internas de los propios carlistas, los enfrentó a unos con otros quedando debilitado, lo que propició el compromiso de Vergara.

Esta primera guerra carlista también trajo consecuencias directas para Joaquina, pues, por ser la madre de un conocido carlista, resultó objeto de represalias. El ambiente político era muy hostil a los religiosos, dado que grupos de liberales exaltados identificaban carlismo y religión católica.

El doce de abril de 1837, tras cenar en la nueva casa que adquirieron en la calle Capuchinos de Vic (la que fue a partir de este momento la Casa Madre de las Carmelitas Vedrunas), un oficial y un conjunto de soldados la detienen en su casa y es encerrada junto con María Sabatés, que quiere acompañarla, en el castillo de Moncada.

A los cinco días es liberada, pero está claro, y así se lo dicen algunos amigos, que su vida corre peligro. Decide entonces cerrar la Casa Madre e, invitada por José Joaquín, marchar a Berga (plaza donde resisten los carlistas) para trabajar en el hospital militar. Atiende allí, como también lo hacían ahora las

**ANTROPOLOGÍA
DE LA
ALEGRÍA
EN JOAQUINA
DE VEDRUNA**

2

LA ALEGRÍA ES LA
PRINCIPAL VIRTUD

hermanas de Solsona o Cardona, a enfermos y heridos de los dos bandos y allí instala un noviciado “de campaña”. Temía que su estancia en Berga fuese interpretada de modo partidista; nada más ajeno a la universalidad de su proyecto religioso. Pero se arriesgó a ello, pues se trataba de la menos mala de las soluciones. De todas formas, la mayor parte de las hermanas Vedrunas estaban trabajando en zona liberal y, en lugares como Vic, eran muy queridas por el pueblo a pesar de estar éste sumergido en una mentalidad anticlerical. Desde Berga, por medio de cartas y recados pudo seguir atenta a todo pormenor del Instituto, a las novicias, para discernir si podían o no ser Hermanas, de la administración, de las relaciones con las Juntas de Beneficencia, etc.

En aquellos años, el general Espartero, que terminará siendo regente de la reina Isabel II —por abdicar María Cristina, al no querer disolver las Cortes—, al frente de las tropas realistas, acosó a los carlistas hasta vencerles. Estableció su cuartel general en Manresa y, desde allí sitió Berga tomando esta ciudad el 4 de julio. El día anterior, por la noche, salieron Joaquina y quince hermanas de su comunidad hacia Francia. Con sólo un asno, en el que se iban turnando las de más edad, sin comida ni agua, están una semana caminando ininterrumpidamente. El día nueve llegaron a Prades, donde ya estuviera en su anterior éxodo, hacía quince años. La situación es igualmente apurada, aunque esta vez, en lugar de llevar a su cargo una comunidad familiar la llevaba de Hermanas de la Caridad. Repuestas en Prades del agotamiento, hambre y heridas del viaje, lo continúan cuarenta kilómetros más hasta Perpignan, donde se sienten seguras.

En estas circunstancias, al igual que en otras tan dramáticas como éstas, impresiona la alegría de Joaquina e, incluso, su buen humor. Por eso no son de extrañar las continuas

Xosé Manuel Domínguez Prieto

invitaciones de Joaquina a la alegría ni que llegara a decir una frase que resume toda su opinión sobre el particular y que, bien pensada, constituye una aportación revolucionaria a la ética filosófica: “la alegría es la principal virtud” (Carta 146).

II. LA ALEGRÍA ES LA PRINCIPAL VIRTUD

Sabemos ya que la alegría en Joaquina Vedruna no procede de ir todo bien en la vida. Más bien, comprobamos la paradoja de que aun en los momentos más difíciles es capaz de hablar de alegría y de exhortar a los demás a la misma. ¿Cómo se explica esta paradoja? ¿Qué entendía Joaquina Vedruna por alegría?

1. ALEGRÍA, FELICIDAD Y CONTENTO

Vamos a partir, en primer lugar, de distinciones semánticas. En primer lugar, hay que destacar la fina distinción que hace Joaquina entre estar contento y estar alegre. En sus muchas cartas, distinguía siempre Joaquina entre el “estar contento” o “estar bien” y el “estar alegre”. Se refiere a ello de modo separado vinculando lo primero a la salud física y al bienestar material y lo segundo a la intimidad de la persona. En este sentido hace afirmaciones como “Tu hermana Antonia (...) está bien y alegre” (Carta 96) o “Que lo acepte todo por el amado Jesús, y así de contento, alegría y constancia serán llenos nuestros corazones” (Carta 104), “Has de estar contenta y alegre de todo, que [la alegría] es la principal virtud” (Carta 146), etc. Su epistolario está lleno de llamadas a la alegría y al contento.

Esto tiene, al menos, un triple significado.

- a) En primer lugar, no confunde los términos, como solemos hacer los demás en el lenguaje cotidiano. Nosotros decimos que estamos contentos porque vamos a casarnos, alegres porque es fin de semana o felices porque nos vamos de veraneo a la playa. Pero en realidad, “estar contento” se refiere a tener satisfechas las necesidades físicas mientras que la alegría se refiere a algo más profundo: a estar enriqueciéndose internamente, a ganar en quilates como persona. Mientras que el estar contento es condicionado, estar alegre es incondicionado, no puede depender de lo exterior. Esto explica que Joaquina Vedruna pudiese hablar de alegría aun en los momentos más difíciles. Así, cuando le notifican diversos acontecimientos interiores o exteriores, suele comenzar sus cartas diciendo que “se ha alegrado mucho” (carta 82) o que “estoy muy contenta” (carta 78).
- b) En segundo lugar, que desease la alegría pero también el contento, significa que Joaquina tenía una visión integral de la persona: no sólo le preocupa su salud espiritual sino también su bienestar físico. Y esto de consuno. Frente al dualismo antropológico de tanto arraigo en la teología moral cristiana –por arrastrar un viejo lastre de filosofía platónica–, la concepción antropológica de Joaquina es nítidamente monista, unitaria. Su vida interior no era espiritualista, sino personalista: la persona en su integridad es lo que le preocupaba. Y, si se nos apura, a lo que primero atendía –toda su vida es testimonio de esto– es a los males corporales.

Desde este monismo se entiende que diga que “las enfermedades no son más que decaimientos de la naturaleza. Que se tranquilice” (Carta 102), es decir, que la mejor medicina que recomienda ante un determinado mal es la tranquilidad de ánimo. Y, en otros casos, exhorta a la oración como remedio terapéutico. Es decir, la experiencia le mostraba claramente la unidad de nuestros procesos psicosomá-

ticos. Más claro se ve esto en un consejo que le dio a la Hermana Claret a causa de una 'enfermedad' de carácter moral: "Dirás a la hermana Claret que con esta enfermedad tendrá todos sus males curados y estará de todo su cuerpo mejor y con salud" (Carta 104). Se ocupaba de la salud espiritual pero antes, siempre, del bienestar material y físico de sus hijos e hijas. Dada esta visión de la persona, es natural que se refiriese con dos categorías diferentes (contento y alegría) a dos caras de una misma realidad: la persona en su dinamismo de hacerse plena, de dar-de-sí.

- c) Pero, en tercer lugar, la alegría, como señalábamos, no puede ser condicionada. No puede depender de un éxito, o del futuro. La alegría no brota de la ilusión por el futuro ni de la fruición por el pasado sino de la pasión por el presente. De ahí que viva Joaquina el presente con una enorme tensión, con una pasión fuerte. No estará alegre quien lo haga depender de algo en el futuro ni del regodeo en el pasado sino de la intensidad del presente, de vivir con pleno sentido el momento presente. Es la encarnación del *carpe diem* latino o del *panem nostrum quotidianum* del Padrenuestro. Y esto, en Joaquina Vedruna se traduce en la pasión por el aprovechamiento del tiempo, porque es en el día a día el único lugar "real" donde nos jugamos la verdadera alegría. Quizás por la densidad de su vida, por los muchos acontecimientos, de nacimiento y muerte, de cercanía y de separación, que vivió intensamente desde muy joven, poseía Joaquina una clara conciencia de la fugacidad del tiempo y de la importancia de vivir intensamente la propia vocación. Surgía de ahí el vehemente deseo, y exigencia para sí y para sus jóvenes hermanas, de un gran aprovechamiento del mismo. Éste fue otro de los elementos definidores de su peculiar experiencia comunitaria ya desde el comienzo. No significa esto que fuese una mujer que vivía "aceleradamente", con ansiedad o que exigiese prisa o des-

medida prontitud en toda tarea. Lo que pide es que el trabajo que se tenga encomendado se haga muy bien, a conciencia: “Conviene mucho que todas aprendan lo que no saben (...) y, sobre todo, todo bien hecho, con primor” (Carta 164). Pero, sobre todo, lo que ella pretendía es que se mantuviese la tensión interna, vivir intensamente: para ella el descanso no era sino cambio de actividad. En realidad, para ella, acogiendo el más puro estilo evangélico, “solamente el Señor, creador de cielos y tierras, ha de ser nuestro descanso” (Carta 118). De modo que entendiendo el descanso como un estado interior, anima a no perder el tiempo y a trabajar, dado que el mucho tiempo que tengamos es poco: “y mi deseo es que aprovechéis el tiempo que tenéis. Ay, amadas hijas, trabajemos mientras tenemos tiempo que, por largo que sea, es corto” (Carta 147); “No perdáis el tiempo, que se trabaje” (Carta 151). Es evidente que se sitúa en bien diversa perspectiva a lo que un siglo y medio después de su muerte se dará en llamar “civilización del ocio” que mantiene, de modo opuesto a la propuesta de Joaquina: “lo que puedas descansar hoy no lo dejes para mañana”.

Su obra y su vocación no lo eran para el aislamiento y la tranquilidad interior sino para emplearse a fondo en favor de los desheredados y desprotegidos de su entorno social. Por ello, repite insistentemente: “Amadas hijas, no durmamos” (Carta 118), “Has de tener diligencia, porque los días pasan” (...) “No duermas en la oración porque tenemos mucho que hacer”(Carta 164), “Clama a los ángeles que te despierten” (Carta 165), “Dirás a las novicias que aprendan, que el tiempo pasa” (Carta 135). Quizás, todo se puede resumir, también en palabras suyas, en un consejo que daba a las novicias: “Hijas: poco hablar y mucho hacer” (Carta 146). Comprendía Joaquina que la persona, toda persona, es en su esencia un dinamismo de ir a más, de dar-de-sí. Por eso, no concibe el descansar más allá de la recuperación precisa.

2. LA ALEGRÍA ES LA PRINCIPAL VIRTUD

Desde lo dicho, podemos ya entender que cuando Joaquina se refiere a la alegría se refiere no a un mero sentimiento. Se trata, no de una alegría psicológica, sino de una alegría ontológica: de un ganar peldaños en la ascensión hacia la propia plenitud. Se trataría de la vivencia del ensanchamiento de quien está caminando hacia su perfección. Es, por tanto, un estado dinámico constitutivo de la persona. Por eso existe el verbo “alegrarse”. Y este estado dinámico es fruto de un esfuerzo personal. En este sentido, es una virtud.

Virtud, para los griegos, es la actuación conforme a la naturaleza. En este sentido se decía de un cuchillo que cortase bien que es un cuchillo virtuoso. Pero con Platón, “areté” tomó un sentido más preciso y se aplicó preferentemente a la actuación habitual según la función propia para la que está hecha cada potencia del alma. Hablaba así de las virtudes de la prudencia y sabiduría (propias de la razón), de la fortaleza o de la templanza (propias del deseo). El alma estaba en equilibrio y era perfecta y justa cuando cada parte cumplía con su cometido. Más adelante, Aristóteles estableció otras virtudes propias de la razón teórica o de la razón práctica, y así hablaba también de la magnanimidad, de la magnificencia, de la amabilidad, del buen humor... Todas estas virtudes consisten en ser hábitos de la conducta que llegan a formar una segunda naturaleza en el hombre y que modulan los deseos y pasiones situándolas en su justo medio. Gran parte de la ética estará marcada por esta concepción.

Pues bien: Joaquina de Vedruna nos dice que la alegría es una virtud. Se trata por tanto de una segunda naturaleza adquirida con un hábito de mantener una determinada actitud. Es una forma de ser y de reaccionar ante la vida de modo creativo. Es una modulación esencial de la personalidad: ser alegre. La alegría, por tanto, para quien se la trabaje. No me refiero, claro, a un comportamiento insubstancial, inmaduro, falto de seriedad, de una mal llamada

“vida alegre”. Ser alegre es algo muy serio. Es tomarse en serio la vida desde donde merece la pena ser tomada en serio.

Pero Joaquina dice no sólo que la alegría es una virtud sino que es la principal. ¿Qué sentido tiene esto? ¿Por qué es la principal virtud?: porque se refiere a la principal actividad o dinamismo de la persona: ir-a-más, dar-de-sí. Es la alegría, por tanto, la experiencia de estar en camino hacia la plenitud. Es la experiencia del no repliegue, de la autenticidad.

Joaquina, lo vimos al hablar del aprovechamiento del tiempo, concibe la vida como pura dinamicidad, como un luchar por ir a más. La alegría es el fruto de esta lucha. Su misma vida es modelo de no aburguesamiento.

Recordemos que, a pesar de que su salud comienza a tener alguna “grieta” tal y como se lo confiesa a María Casanovas, una de las primeras colaboradoras y, en ese momento, superiora del hospital de Solsona: “Hace unos quince días que regresé de mi gira; pero al día siguiente de mi llegada tuvimos una nevada, me resfrié y he guardado cama algunos días” (Carta 95), a sus 60 años personalmente Joaquina va a más.

“Busquemos, pues, lo que siempre dura: amor y más amor”(Carta 98). Esta frase la repite insistentemente: “Amor y más amor que nunca dice basta” (Carta 95).

Podía lícitamente estar sentada en la chimenea con sus hijos y nietos, y opta por no parar de moverse, por entregarse a una febril tarea de promoción de fundaciones a partir de este momento:

- Arbucies (22-V-45): hospital y Escuela Pública.
- Balaguer (28-VI-46): hospital y Escuela Pública.
- Borges Blanques (16-VII-46): hospital y Escuela Pública.
- Igualada (22-II-47): hospital.
- Ribes de Freser (10-IV-47): Colegio y atención a enfermos.
- Olot (28-XI-47): hospital.
- Moia (13-IX-49): hospital y Escuela Pública.

- Sant Pere de Torello (24-XI-49): Colegio.
- Falset (8-IV-50): hospital y Escuela Pública.
- Figueres (17-V-50): hospital.
- Santpedor (20-VII-51): hospital y Escuela Pública.
- Cadaqués (22-IX-51): hospital y Escuela Pública.
- Caldes de Montbui (20-XII-51): hospital y Escuela Pública.
- Sant Feliu de Torello (17-VI-52): hospital y Escuela Pública.
- San Feliu de Pallarols (3-VIII-52): Colegio.
- Malgrat (1-IX-52): Escuela Pública.
- Vilafranca del Penedés (7-I-53): hospital y Escuela Pública.

Las fundaciones las hacía personalmente, negociando las condiciones con las Juntas locales, administraciones y ayuntamientos, y acompañaba a la comunidad que quedaba instalada entre una semana y un mes. Muchas veces, la propia Joaquina da cuenta en sus cartas de las gestiones oficiales que va haciendo y cómo es muy bien acogida por la gente allá por donde va a fundar.

Joaquina vive durante estos años el periodo más lúcido, creativo y fecundo de su vida, lo cual sorprende porque, en nuestros días, se suele identificar el dinamismo vital con la juventud.

Y como la juventud pasa por ser ahora la edad paradigmática a la que todos miran como modelo que debe ser imitado, al menos formalmente, ha terminado por calificarse al anciano como aquella persona sin ilusión, sin fuerzas o sin proyectos.

Pero, en realidad, la persona, salvo que dimita de sí misma, es siempre una tarea para sí. El dinamismo personal no se extingue con los años y la edad no debiera ser nunca excusa para abandonar las riendas de la propia construcción. De esta manera, toda persona, al hacerse cargo de sí, se hace fecunda, creativa. Por esto, la madurez y la ancianidad pueden ser intelectual, afectiva y personalmente tan fecundas o más que las anteriores. Excepto en lo físico, en todo lo demás se puede mejorar, siempre que no pierda o relaje la tensión interior. Sin duda que Joaquina es un desta-

cado ejemplo de cómo la mengua de fuerzas físicas no está reñida con una creciente fecundidad personal. Sólo hace falta tener un por qué que confiera sentido a la vida y que éste sea suficientemente alto y trascendente.

A sus sesenta años sigue Joaquina más fecunda que nunca. Podía haber elegido un “merecido descanso” o un “justo retiro”, rodeada de hijos y nietos, y reconocida socialmente por su labor durante los años anteriores. Pero, sin desatender a la familia, en vez de jubilarse, estuvo abierta a otros horizontes, a otros encuentros, a otros proyectos, y nunca dejó de soñar con metas más altas en su trabajo en favor de los empobrecidos y abandonados de su tiempo.

Por tanto, la alegría como principal virtud es la experiencia de ir-a-más, la más auténtica y radical experiencia de la persona. Esta intuición es esencial y está llamada a revolucionar la ética. La ética de Joaquina Vedruna no es moralismo estrecho, es la ética de la plenitud: la ética de la alegría. Y esto es tanto como lanzarnos a la búsqueda del sentido profundo de toda nuestras acciones.

Y es desde esta alegría desde la que cabe un estilo de vida tan peculiar. Así, sólo desde la alegría cabe el auténtico humor.

El humor no como ironía o como comicidad sino como capacidad de relativizar lo relativo y de absolutizar lo absoluto. Así, se permitía corregir con la suavidad del humor. Para decir que sus hijas en el Instituto le escriban dice “di a las hermanas que saben escribir que me escriban” (carta 161), cuando en realidad todas sabían escribir porque se preocupaba extraordinariamente de que todas tuviesen una más que regular formación. En una ocasión, para indicar a una hermana que descanse y se alimente bien, le dice que “Sus vómitos provienen de tomar demasiada verdura y tomar solamente tocino (...) Pero al hacerse una mayor la naturaleza cambia. Así le ha sucedido a ella. Ha convertido su vientre en un huerto de coles y hierbas. Pero no ha de ser todo trabajar. El Señor nos manda que

miremos también por nuestra salud, pues cuando una no está bien de salud, mal podrá cuidar de los enfermos” (Carta 145).

Desde esta concepción es desde la que exhorta continuamente a los demás a la alegría: “Vivid alegres” (carta 1). Y también es desde donde manifiesta continuamente su alegría y su contento por los acontecimientos y desde donde desea alegría y contento a todos.

3. EL PROYECTO DE VIDA. LA VOCACIÓN. EL “DESDE DÓNDE”

He aquí la cuestión final, la cuestión “clave”.

Pero, ¿de dónde sacaba las fuerzas? ¿cómo es posible esta alegría, esta fuerza, este dinamismo? ¿cómo es posible estar alegre y aconsejar alegría en medio de las tristezas y dolores de la vida? Parece un contrasentido. Sin embargo intuimos que es posible: lo vemos en hospitales, en moribundos, en gente con muchos problemas: están machacados pero están alegres.

Sólo es posible ir a más desde un sentido, desde un horizonte, que siempre es un horizonte que nos trasciende, un horizonte no previsto, una sorpresa. Joaquina siempre estuvo a la espera de lo inesperado, realista pero siempre esperanzada.

Su fecundidad personal, aumentada al llegar la madurez, no surgía de una mera ilusión, de voluntarismo o de un temperamento genial. Era mujer ilusionada, era voluntariosa y genial, pero estas condiciones no son suficientes por sí. Por pura filantropía nadie se mantiene mucho tiempo entregado a los demás (por mucho que se diga que se puede ser bueno aunque no se sea creyente, pues sin un proyecto y sin un sentido, todo termina por menguar, y la comodidad y el descanso pueden con la naturaleza). No nos engañemos.

Su creatividad y su alegría estaban ancladas en su experiencia del Acontecimiento personal de quien llamaba el “buen Jesús” y

de su experiencia de éste en las comunidades que iba viviendo y generando, y, por tanto, en la Iglesia. Es desde ahí desde donde dio-de-sí en su persona, en su familia, en su fundación, mucho más allá de lo que hubiera nunca soñado.

Su fecundidad traspasó los límites de su vida y permaneció en una obra en continua expansión, hasta nuestros días porque tenía un para qué por el que vivir. Y, como dijo Viktor Frankl, quien tiene un para qué, sabe cómo vivir. Quien tiene un sentido absoluto por el que vivir, es capaz de salir de sí y darlo todo por otro. Por tanto, la alegría como virtud sólo es posible, paradójicamente, tras recibir el don de una experiencia fundante.

Sin esta experiencia, toda actividad termina en activismo, todo proyecto de juventud en voluntarismo primero y en desencanto después. Sin esta experiencia, toda creencia acaba en una anestésica incredulidad aburguesada. Sin una experiencia o un acontecimiento esencial que de sentido al caminar, todo termina en depresión, en anomia o en huida (véase en nuestros días la incidencia de la depresión noógena, de las huidas, de los repliegues, de las faltas de compromiso, de las anestias...).

Si cerrásemos a Joaquina de Vedruna bajo las etiquetas de “feminista”, “enfermera vocacional” o “dedicada a los más desfavorecidos” no habríamos entendido su auténtico núcleo personal, el “desde dónde” y el “por qué” de estos compromisos y fidelidades. Porque Joaquina, es verdad, era una mujer de acción, que buscaba siempre los medios más eficaces. Pero actuaba desde su vida interior, desde su intensa experiencia religiosa. Tomando las categorías del pensador Emmanuel Mounier, podríamos decir que en ella se dieron, intensamente armonizados, el polo profético y el polo político, es decir, el ideal y el compromiso, la vida espiritual y el “mancharse las manos” en lo concreto, el silencio interior y el riesgo de la acción.

Su enorme actividad estaba unificada por una clara y sencilla experiencia religiosa, que descansaba en la presencia y la relación

con Cristo como centro y motor. De ello dan buena cuenta expresiones frecuentes en sus cartas ante diversas dificultades. Así, escribía en 1825 a su hijo mayor, José Joaquín: “Procuremos en esta cuaresma, unidos por el espíritu, guardar mucho recogimiento, y que en nuestro corazón sólo descansa el buen Jesús” (Carta 38).

El recogimiento interior unido a una vida contemplativa resultó ser clave para mantener su fuerza y su alegría en medio de continuas dificultades y dolores. Por eso, recomienda a los más cercanos que no omitan “un rato de oración mental cada día (...) pues nos da nuevas gracias y fuerzas nuevas para sobrellevar todo con paciencia” (Carta 69).

Y cuando por sus ideas carlistas José Joaquín está prisionero en el castillo de Hostalric, junto a las múltiples gestiones que hacía por su liberación, Joaquina le escribe en estos términos: “Ojalá Dios te conceda la gracia que le pido: que la pena que estás sufriendo se convierta después en un bien mayor. Y no nos olvidemos de lo que Jesús sufrió durante toda su vida” (Carta 47). En este mismo sentido, en 1826, y en referencia a la viabilidad de establecer una comunidad en el Hospital de Igualada, dice que “cuando nos abandonamos en los brazos del buen Jesús, él cuida de nosotros. Así lo hará ahora. Por nuestra parte, tengamos ánimo, iniciativa y diligencia, y el buen Jesús lo bendecirá todo” (Carta 82).

Queda patente que, en efecto, su espiritualidad, providencialista y cristocéntrica, no suponía en absoluto una *fuga mundi*. Era más bien el lugar desde donde iluminaba y apoyaba su intensa actividad: como joven viuda, madre de nueve hijos, atendiendo y gestionando personalmente sus asuntos económicos y no pocas veces los de sus hijos; fundando un Instituto religioso que a su muerte contaba con 31 comunidades o siguiendo personalmente a las 150 hermanas que ingresaron durante su vida en dicho Instituto; prestando atención personalizada a cada novicia, a cada comunidad, a su marcha y economía, Sus muchos avatares, la viudez, la muerte de varios hijos, las extremas dificultades económicas, el destierro

e, incluso, la cárcel, son vividas por Joaquina más que con resignación con alegría y con profundo sentido: “y con lo que paso, he pasado y veo todos los días, Dios siempre lo cuida, dándome algún aliento para que no desmaye del todo (...). Veo que en el camino de la cruz quien lo lleva todo es Jesús” (Carta 92).

Es a partir de este profundo sentido y experiencia que unifica su vida como logra desarrollar con energía su desbordante actividad y vivir en toda circunstancia con alegría.

4. CONCLUSIÓN:

Llegados a este momento, creo que es patente que a los elementos tradicionales, con los que se define el carisma Vedruna, pobreza evangélica, oración y caridad apostólica quizás debiera sumarse el de alegría. Y, dicho esto, podemos terminar tratando de escuchar en nuestros corazones cuál es el mensaje que Santa Joaquina nos quiere hoy decir a los que estamos aquí, a los que hemos asistido a estos retazos de su vida y a sus palabras sobre la alegría.

Escuchad en vuestro interior. Hoy nos está diciendo:

- **ATREVEOS A SER ALEGRES EN TODO MOMENTO.**
- **ATREVEOS A NO ABURGUESAROS, A CRECER SIEMPRE, A IR A MÁS COMO PERSONAS**
- **ATREVEOS A ABRIROS AL MUNDO. QUE NADA HUMANO OS SEA AJENO**
- **ATREVEOS A NO VIVIR SÓLO PARA VOSOTRAS/OS**
- **ATREVEOS A RELATIVIZAR LO RELATIVO. ATREVEOS A VIVIR CON HUMOR**
- **ATREVEOS, SOBRE TODO, AL ENCUENTRO CON AQUEL QUE PUEDE DAR EL SENTIDO TOTAL Y RADICAL DE TU VIDA.**

NOTAS

¹ A pesar de haber sido derogadas sus propias leyes y desaparecido sus organismos políticos: el Consell de Cen y la Generalitat.

² Ramón (de 13 años), Josefa (de 10), Teresa (de 8) y Francisca (de 4). Dos años después de Joaquina nacerán José Joaquín, tres años más tarde Marina y tras siete María.

³ En España la vida política no cesaba de estar convulsa y agitada. La última etapa del reinado de Fernando VII propició el conflicto con diversos grupos de monárquicos descontentos que tomaron como pretexto la sucesión dinástica. Y de ello resultó ser albor la revolución catalana "dels malcontents", los descontentos, en 1827. Argumentaban que, a causa de la vigencia de una antigua ley (que Fernando VII no llegó a derogar públicamente), las mujeres no podían acceder al trono. Por tanto, no debería reinar Isabel, hija de Fernando VII, sino su hermano Carlos.

Los defensores de Carlos capitalizaban la insatisfacción con los liberales, y defendían un absolutismo radical, una confesionalidad católica y la restauración de las libertades forales. Esta ideología, llamada carlismo, tuvo gran arraigo popular en Navarra y País Vasco, en la comarca del Maestrazgo en Valencia y también en la zona del Pirineo y prepirineo catalán.

⁴ En las cartas que le remite a Hostalric, Joaquina trataba no sólo de consolar a su hijo sino, sobre todo, de que interpretase y asumiese su situación en clave religiosa, para virarla de modo creativo y para que sirviera como ocasión para madurar. Insistentemente le anima a que tenga paciencia y visión cristiana de su privación de libertad: "Tú ten paciencia; sabes muy bien que al cielo no van los que viven en regalos, sino los que suben al calvario llevando de buena gana la cruz. No te aflijas, pues confío que Dios velará por tu inocencia. No temas, hijo: sé que pasas algunos ratos de mal humor y yo te aseguro que si no tuviera este clavo, que lo tengo atravesado en el corazón, tendría una gran satisfacción" (Carta 41); "¡Ánimo! Aunque no merezco que mis oraciones sean oídas, como madre clamo al cielo" (Carta 43); "Ojalá Dios te conceda la gracia que le pido: que la pena que estás sufriendo se convierta después en un bien mayor" (Carta 47).